



Prot. N°: 26/79

12 de junio 2026

Para la Fiesta del Sagrado Corazón

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29)

Queridas hermanas,

Queridos amigos y amigas, compañeros de misión:

Volvemos a sentirnos, una vez más, interpelados por la situación del mundo. No solo por la sucesión de los acontecimientos, sino por su intensidad, su simultaneidad, su imprevisibilidad. Conflictos que se multiplican, pueblos heridos, niños privados de futuro, migraciones forzadas, fractura creciente entre las personas y las naciones... A ello se añaden la fragilidad de nuestras instituciones, la dificultad de la política para servir al bien común y el clamor silencioso de la tierra bendecida y rota.



«No debemos acostumbrarnos a la guerra»¹: siempre es una derrota de la humanidad. Y, sin embargo, hoy parece extenderse y echar raíces en numerosos lugares.

Nuestro mundo se muestra frágil, inquieto, a menudo resulta incomprensible. Y también en nuestro interior pueden surgir el cansancio, el miedo, a veces una especie de impotencia o de desánimo. Podemos tener la tentación de mirar para otro lado, de refugiarnos en la inquietud, o de encerrarnos en nosotros mismos.

Y, sin embargo, hoy resuena en el corazón de este mundo una palabra sencilla y exigente:

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón».

Jesús nos enseña que Él es manso y humilde de corazón. Este pasaje del Evangelio nos permite entrever algo de su intimidad: ora a su Padre como un hijo lleno de confianza y en cierto modo, nos habla como un amigo que apoya a sus amigos y les aconseja.

¹ Papa Francisco, Ángelus, 27-03-2022

Cuadro de Bernadette López "Seguir a Jesús" (o "Suivre Jésus" en su idioma original)

Solo Dios le ocupa. Y Él, Jesús, es pura alabanza ante la acción de Dios, Señor del cielo y de la tierra, que dispone todo, vela sobre todo y abraza todo con su benevolencia.

Solo Dios le ocupa. Y nosotros somos testigos de esa intimidad corazón a corazón entre Jesús y su Padre.

Una invitación siempre renovada a entrar «en la escuela de su Corazón», a preocuparnos de que solo Dios, fuente de todo Amor, habite el nuestro.

Y de la alabanza de Jesús brota una llamada:

«Venid a mí todos...»

«Venid»: ¡hay que ponerse en camino!

Es este un movimiento del amor, fruto de la escucha del corazón, como Jesús, que aprende a «ponerse en camino», a ir del corazón del mundo al corazón del Padre y del corazón del Padre al corazón del mundo.

Jesús desea hacernos partícipes de esta alabanza que aligera las cargas, de este conocimiento íntimo de Dios que nos pone en camino y nos hace caminar tras Él, por muy duro que sea el camino.

La alabanza amorosa no hace desaparecer las dificultades ni el sufrimiento. Los suaviza y nos ayuda a comprender en nuestro interior el designio de amor de Dios para todos nosotros. La alabanza que brota del Corazón de Jesús, «nos abre a la profundidad del misterio de Dios y al dolor de la humanidad»².

Así, Jesús nos revela una manera de ser que trastoca la lógica dominante. En un mundo endurecido, Él nos enseña la mansedumbre. En un mundo marcado por el dominio de unos sobre otros, Él nos enseña la humildad.

Y esto no es debilidad. Es una fuerza radical. El estilo de Dios es «cercanía, compasión y ternura»³. Y este estilo no es anecdótico, es revolucionario. Desarma la violencia en su raíz.

Aprender de Él es aceptar que nuestra manera de ser sea transformada. Es entrar, según nuestras Constituciones, en «los sentimientos y las preferencias de su Corazón»⁴ y dejar que ese Corazón modele en nosotros otra manera de mirar, de juzgar y de actuar.

Dejar que su manera de amar transforme la nuestra.

Entonces, algo empieza a transformarse...

Allí donde vemos divisiones y heridas, Él ve llamadas al perdón y a la reconciliación.

² Constituciones, § 8

³ Homilía de Papa Francisco, 25-04-2021

⁴ Constituciones, §18.



Allí donde surge el miedo, Él abre un camino de confianza.

Allí donde vemos violencia, Él revela otra manera de vivir las relaciones.

Porque «el tiempo es superior al espacio»⁵ y estamos llamados a abrir procesos de vida, incluso frágiles, incluso invisibles; a sembrar semillas que crecerán sin que sepamos cómo, en lugar de intentar controlarlo todo.

Nuestras Constituciones nos invitan a «discernir en los acontecimientos y en las situaciones la llamada de Dios»⁶. Hoy, más que nunca, este discernimiento es esencial. No para protegernos del mundo, sino para reconocer en él los lugares donde Dios ya está actuando.

Este es el corazón de nuestra vocación: descubrir y manifestar el amor del Corazón de Jesús.

Y, en este contexto, nuestra vocación adquiere una densidad especial.

Habitar la vida interior

Dedicar tiempo a la oración, al silencio y a la escucha de la Palabra se convierte en un acto de resistencia. En un mundo dominado por la agitación y la dispersión, volver a la Fuente, escuchar con atención y profundidad, releer la presencia de Dios en nuestra vida y en la de nuestro mundo, vivir conscientes de lo que se oculta detrás de las apariencias, vivir en la verdad y en la sinceridad del corazón... todo ello constituye una manera de vivir profundamente profética. Sin vida interior, corremos el riesgo de perder el fuego que llevamos dentro.

Crecer en discernimiento más que reaccionar

Ante la complejidad del mundo, no podemos contentarnos con respuestas rápidas o simplistas. Estamos llamados a un discernimiento personal y comunitario, exigente, paciente y confiado, al servicio del bien común.

Vivir la comunidad como una profecía

En un mundo marcado por la polarización, nuestras comunidades, nuestros grupos, nuestras familias y todas nuestras relaciones están llamadas a convertirse en espacios de encuentro y de reconciliación, en los que sea posible vivir las diferencias y las tensiones sin destruirnos unos a otros. Ahí estamos llamados a encarnar un amor concreto.

Esto exige una verdadera disposición interior y una valentía humilde: la de la palabra auténtica, la escucha y el perdón. Exige también buscar cómo vivir, muy concretamente y con la gracia de Dios, esta mansedumbre y esta humildad en nuestras relaciones

⁵ *Evangelii Gaudium*, §222.

⁶ Cfr. Constituciones, §11.

cotidianas. «Nuestra vida común se convierte entonces en un testimonio»⁷, no idealizado, sino real, frágil y trabajado día tras día...

Vivir la misión como una presencia que interpela

En nuestra «Iglesia en salida», estamos llamados a hacernos cercanos, a estar atentos, a ser capaces de llegar a las periferias. Esto responde profundamente a nuestra llamada a ser «para los demás»⁸, mediante una presencia sencilla y fiel allí donde la vida está amenazada.

Pero esta presencia no es neutra: cuestiona, desinstala y hace visible otra manera de vivir. Y, en este sentido, es profundamente profética.

Vivir la educación como camino de transformación

En un mundo fragmentado, educar es un acto de Esperanza. Se trata de formar personas capaces de interioridad, de relación, de discernimiento y de responsabilidad. Mujeres y hombres «para los demás», que, viviendo el amor en su trabajo, en sus relaciones y en sus compromisos cotidianos, sean capaces de mejorar y transformar el mundo.

Es aportar “lo poco que podemos” para contribuir al nacimiento de una humanidad reconciliada, como nos pide nuestra tradición, ayudando a cada persona a descubrir su dignidad y su vocación.

Estamos viviendo un momento de nuestra historia lleno a la vez de Esperanza y de desafíos, como la reorganización de la Sociedad en ocho provincias. Nos hemos comprometido juntos en este camino porque «nuestra Misión es nuestra razón de ser. Nuestra Misión es el horizonte que nos hace avanzar».⁹

Este camino puede suscitar interrogantes, incertidumbres, resistencias e inseguridades. Pero también puede ser acogido como una llamada del Espíritu y como una oportunidad: una invitación a «ensanchar el espacio de nuestra tienda», a renovar nuestra manera de ser y de actuar como un cuerpo apostólico al servicio de la Misión para el mundo de hoy y de mañana.

Es precisamente en este camino abierto donde resuena hoy, de manera muy concreta, la invitación de Jesús: «Venid a mí, aprended de mí...». La mansedumbre y la humildad del Corazón de Cristo pueden guiarnos y enseñarnos a escuchar, a acoger y a avanzar juntos con valentía y confianza.

«Tomad mi yugo sobre vosotros ...»

¡Después del asno, el buey!¹⁰

⁷ Según nuestras Constituciones, §30.

⁸ Según nuestras Constituciones, §30.

⁹ Capítulo General 2024, p. 50

¹⁰ Cfr. Capítulo General 2024, p. 46



Società del Sacro Cuore Casa Generalizia

El yugo puede parecer, en ocasiones, una carga pesada; sin embargo, es también una protección que se ajusta al cuerpo del animal, un apoyo que permite desplegar una mayor fuerza para abrir un surco más profundo y producir una cosecha más abundante.

Llevar el yugo es avanzar al mismo paso para ofrecer juntos lo mejor de cada uno. Jesús es nuestro aliado fiel que no falla. Su yugo no es un peso que aprisiona, sino un vínculo que libera. Él nos enseña a caminar con Él, al ritmo de su Corazón.

Hoy, la pregunta se nos plantea con fuerza:

¿Cuánta mansedumbre estamos dispuestos y dispuestas a arriesgar en un mundo violento?

¿Qué grado de humildad aceptamos vivir en un mundo dominado por el poder?

¿Qué conversión estamos dispuestos y dispuestas a acoger para que la vida circule más libremente para todos?

En el corazón de la noche del mundo, la Esperanza permanece. Es audaz; se atreve a mirar más lejos; se atreve a creer que Dios sigue actuando incluso allí donde todo parece perdido.

Sí, la mansedumbre puede desarmar la violencia.

Sí, la humildad puede abrir caminos nuevos.

Sí, el amor del Corazón de Cristo continúa transformando el mundo, muchas veces en silencio, siempre en la verdad.

Que esta fiesta del Sagrado Corazón nos conceda la audacia de vivir en esta Esperanza y nos haga cada vez más disponibles para aprender de Él, compartir sus sentimientos y su vida, con la alegría de haber «encontrado un tesoro».

Con mi cariño y oración,

Claire Castaing RSCJ
Superiora General